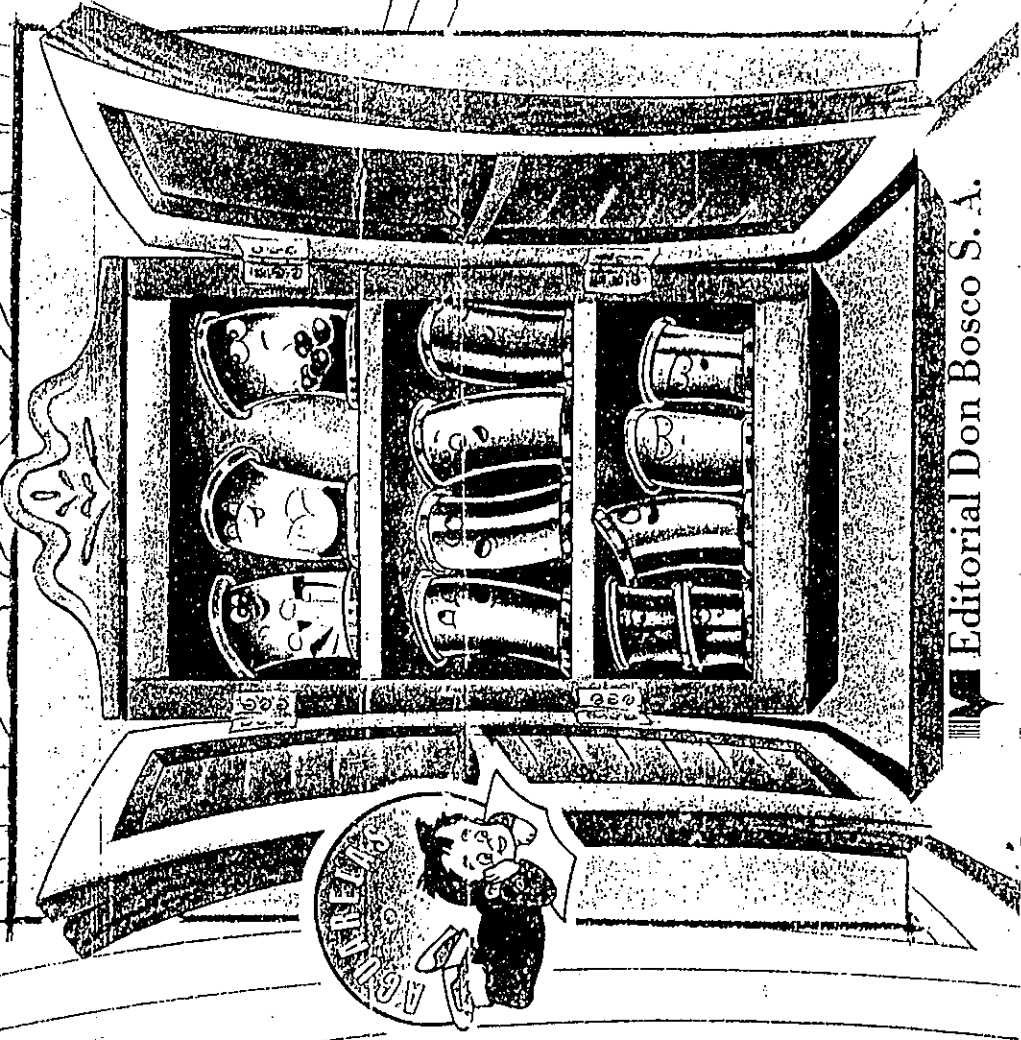
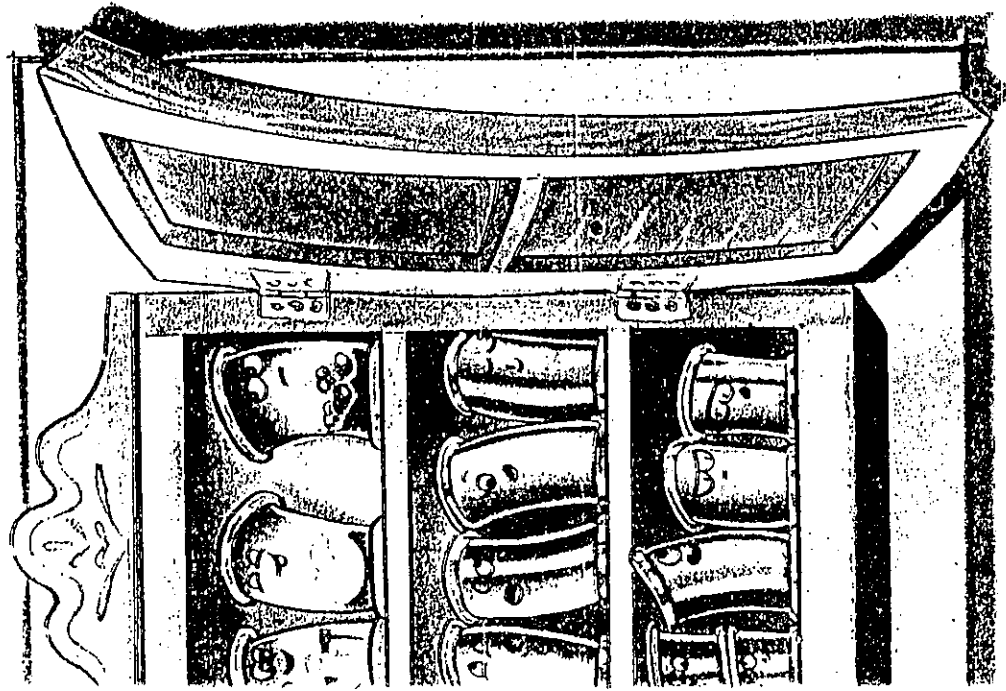


El tarrito de durazno y su amigo palmito

VERÓNICA QUINONES

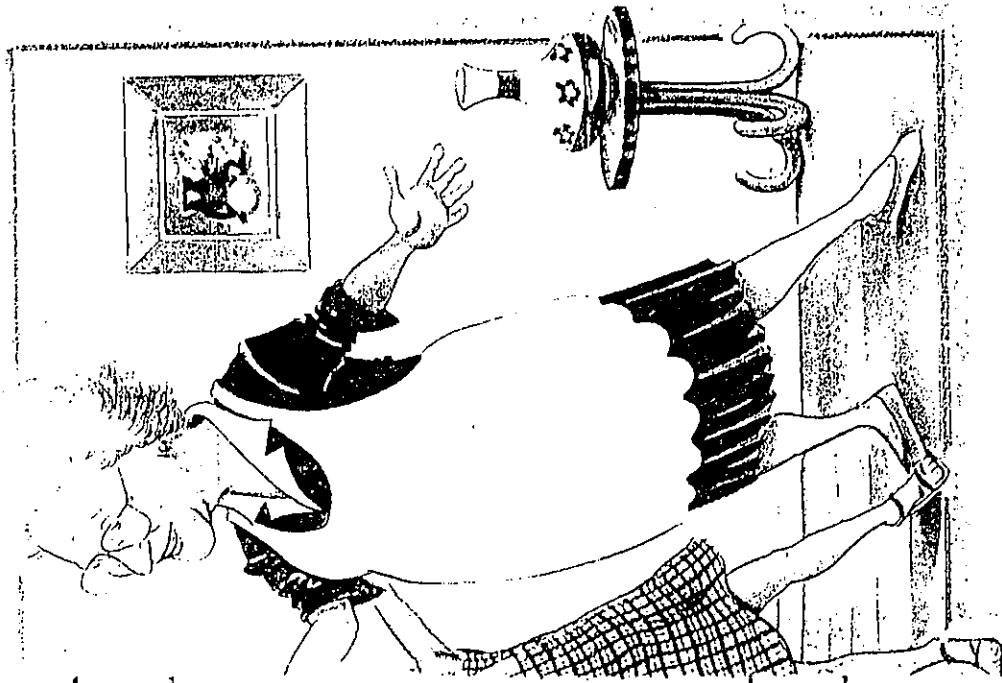


Editorial Don Bosco S. A.



N la despensa de la señora Ana había muchos tarros de conserva con diferentes contenidos, los cuales conversaban entre ellos esperando el turno en que serían abiertos algún día para ser servidos.

Un tarrito de duraznos se había hecho muy amigo del tarrito de palmitos. Estaba también el tarro de cerezas, que se aislaba de los otros; algunas conservas decían que era engrেído por ser más caro que los demás; otras aseguraban que era muy tímido, en fin.



Un día, mientras esperaban el nuevo acontecer de esa jornada, los tarros escucharon que la nieta preguntó a su abuela:

—¿Qué hay de postre hoy, abuelita Ana?

En la despensa se produjo mucha expectación y, al escuchar a la niña, se preguntaban los tarros entre sí:

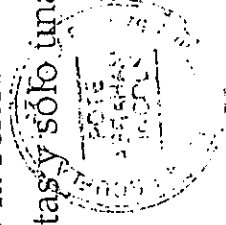
—¿A quién se llevarán hoy?

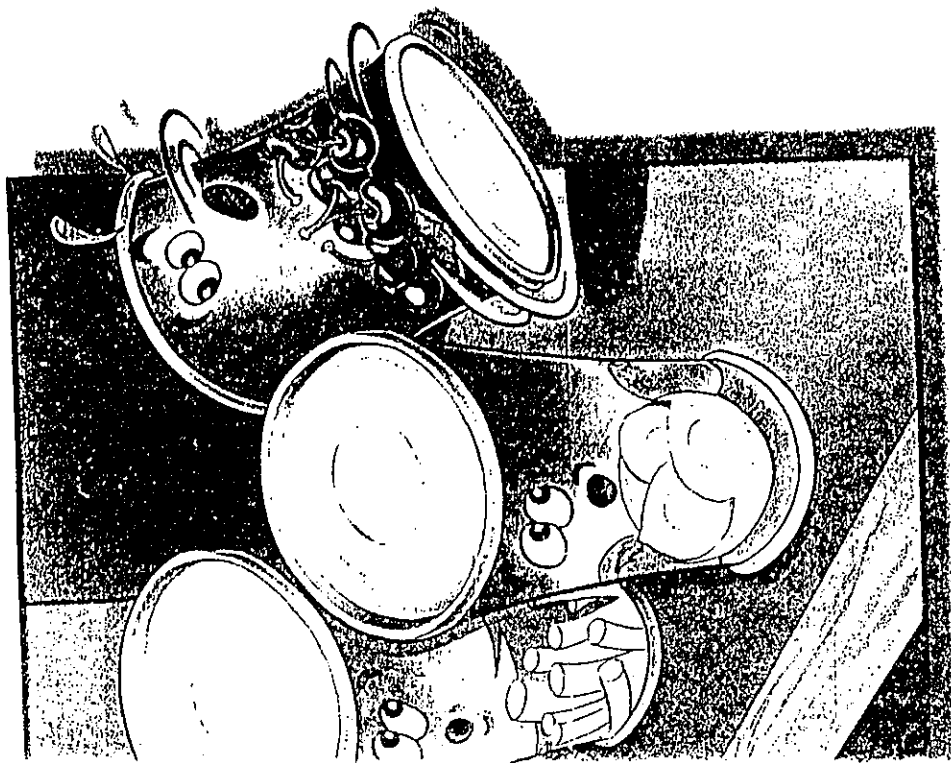
La abuelita respondió:

—Nos serviremos una conserva.

—¡Qué rico, abuelita! —exclamó la niña—. ¿La puedo elegir yo?

—¡Claro! —contestó la señora Ana—, mientras sea una conserva de frutas y sólo una, no dos.



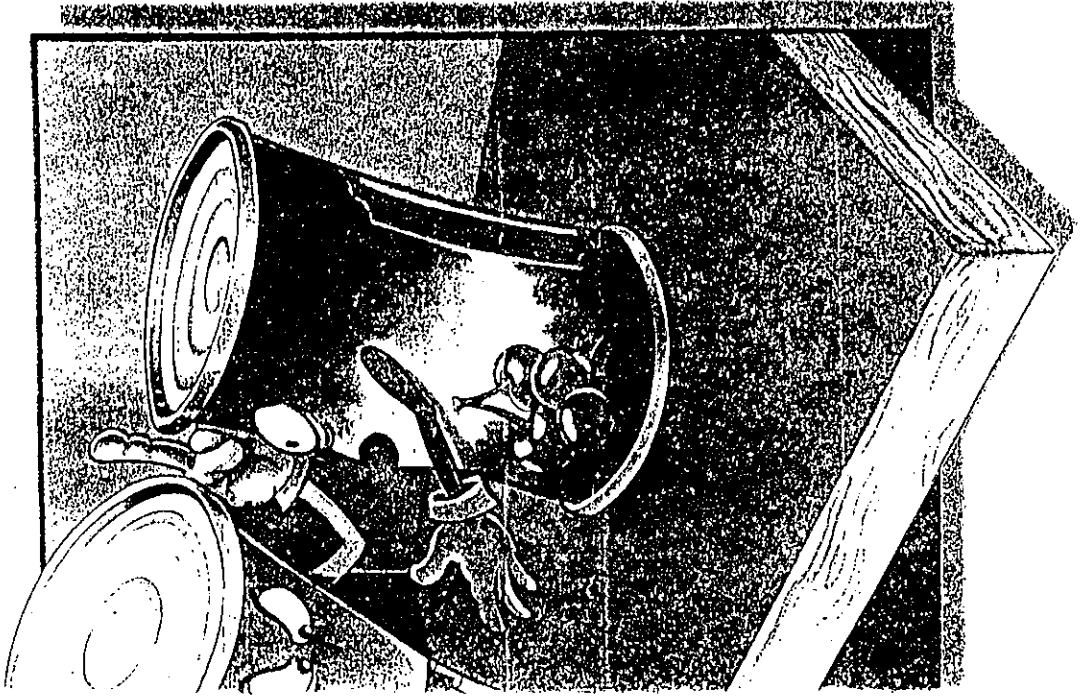


El tarrito de durazno se puso muy nervioso, porque presintió que su amistad con el tarrito de palmito llegaba a su fin; a su vez, palmito comenzó a llorar, pues su único y mejor compañero en ese lugar había sido el durazno.

De pronto, en el momento en que la niña abría la puerta de la despensa, el tarro de cereza, que estaba más a la vista entre las conservas, astutamente cambió de lugar y, rodando con rapidez, se colocó detrás del tarrito de durazno.

—¡Hum! —dijo la chica—, este tarrito de durazno, además de lindo se ve muy apetitoso.

Y tomándolo con sus dos manos, lo sacó de ahí.



—¡Por qué hiciste eso, tarro de cereza, tú sabes que él y yo éramos muy amigos! —exclamó enojado el tarrito de palmito.

El tarro de cereza le respondió nervioso pero con cierta indolencia:

—Los amigos se pierden... y también se ganan.

Palmito insistió:

—¡Pero no eres tú precisamente quien debe decidir eso! ¡Entrometido! Mi amigo el duraznito no es de los que se pierden así nada más.

—Olvídate —respondió el tarro de cereza—. A las personas allá afuera les interesa sólo nuestro contenido, y lo demás, a la basura. Eso sucederá también contigo y conmigo.



—¡Claro! —añadió palmito—, pero si eres buena para actuar rápidamente como pudimos ver. Y ya que tú causaste la ausencia de mi amigo, debes responderme: ¿Por qué no te quedaste donde estabas si dices que de todos modos en algún momento nos sacarán de aquí? ¿Es que sentiste miedo o tu existencia es demasiado importante para que cualquier humano la tome y la eche a la basura? :

Cereza quedó ahora con serios problemas para hablar, tenía un nudo en la garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Palmito adivinó que estas preguntas eran importantes para ella y, a través de su mirada, vio su soledad, y como tenía nobles sentimientos, no continuó interrogándola.

A medida que pasaban los días, palmito sintió con más fuerza la compañía de cereza, quien se le acercaba cada vez más, mientras él experimentaba el exquisito calor de una nueva amistad.

Un buen día, llegaron visitas a la casa de la señora Ana y todo se impregnó del perfume de las flores. La abuelita y su nieta comentaban lo lindas que eran las matitas de claveles y pensamientos que les habían traído de regalo, y de inmediato se preocuparon de buscar algún tiesto donde poner tan perfumadas flores. En ese momento la niña dijo:

—Abuelita, el otro día guardé un hermoso tarrito que estaba muy bien adornado.



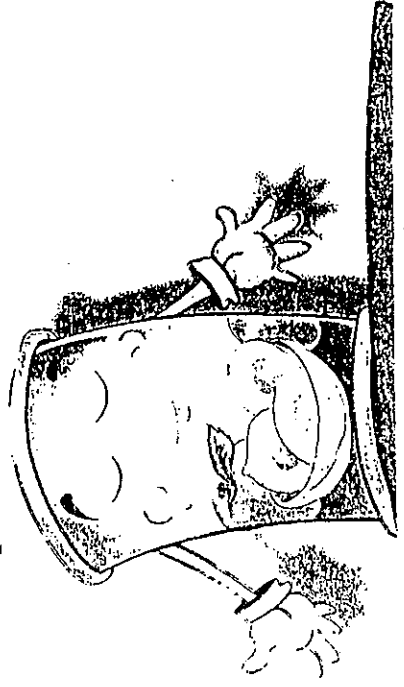


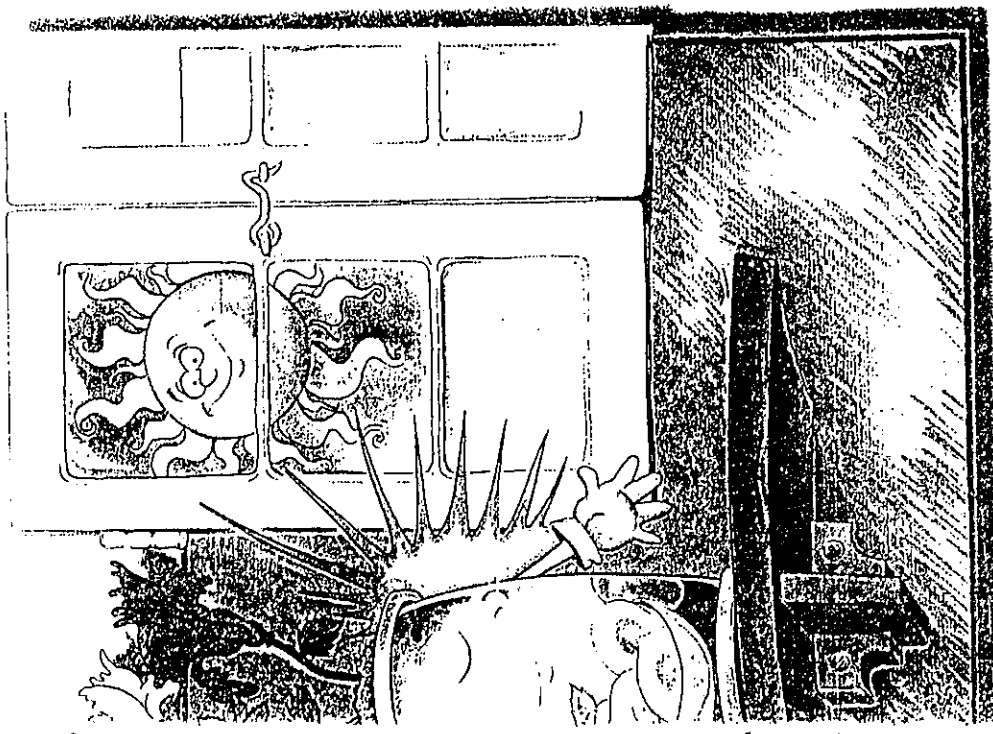
La abuelita, haciendo memoria, recordó que aquel envase se encontraba sobre la mesa de la cocina y le pidió a su nietecita que fuera a buscarlo, diciéndole:

—Pon las matitas en él y luego llénalo con tierra, y le colocas bastante agua. Después, déjalo en la repisa cercana a la ventana, frente a la despensa... Ahí podrá tomar el Sol todos los días.

Y así lo hizo la niña.

Al amanecer comenzaba a iluminarse aquella ventana y el tarrito de durazno brilló al Sol sintiéndose muy contento, fresquito y acompañado por sus nuevas amigas, las flores.





De pronto, palmito se dio cuenta de que un haz de luz lo tocaba. Sí, entraba por la rendija de la puerta de la despensa. Con curiosidad, empezó a mirar poco a poco y grande fue su sorpresa al ver nuevamente a su viejo amigo el tarrito de durazno, y lo llamó:

--¡Tarrito de durazno, duraznito!, ¡aquí estoy, soy yo, palmito, por la rendija!

Durazno, tan alegre como sólo el podía ser, respondió feliz:

--¡Hola, amiguito!, siempre he estado aquí y seguiré estando, como puedes ver.

Palmito le contó a durazno cuánto lo había extrañado, pero que durante su ausencia había ganado a una nueva amiga.

—Así es que ahora somos tres, duraznito —expresó contento.

Cereza, que estaba escuchando esta conversación y vio todo lo que pasaba, se dio valor y pensó que era el momento apropiado para pedirle perdón al tarrito de durazno, pues era verdad que había estado ahí todo el tiempo incluso antes de que lo cambiaran de lugar. Pero se sentía un poco ridícula y avergonzada, porque pensaba que ya había pasado demasiado tiempo para disculparse.



Palmito adivinó las intenciones de cereza, y le dijo:

—No tengas temor, si el arrepentimiento viene de tu corazón.

Cereza asomó por la rendija y saludó:

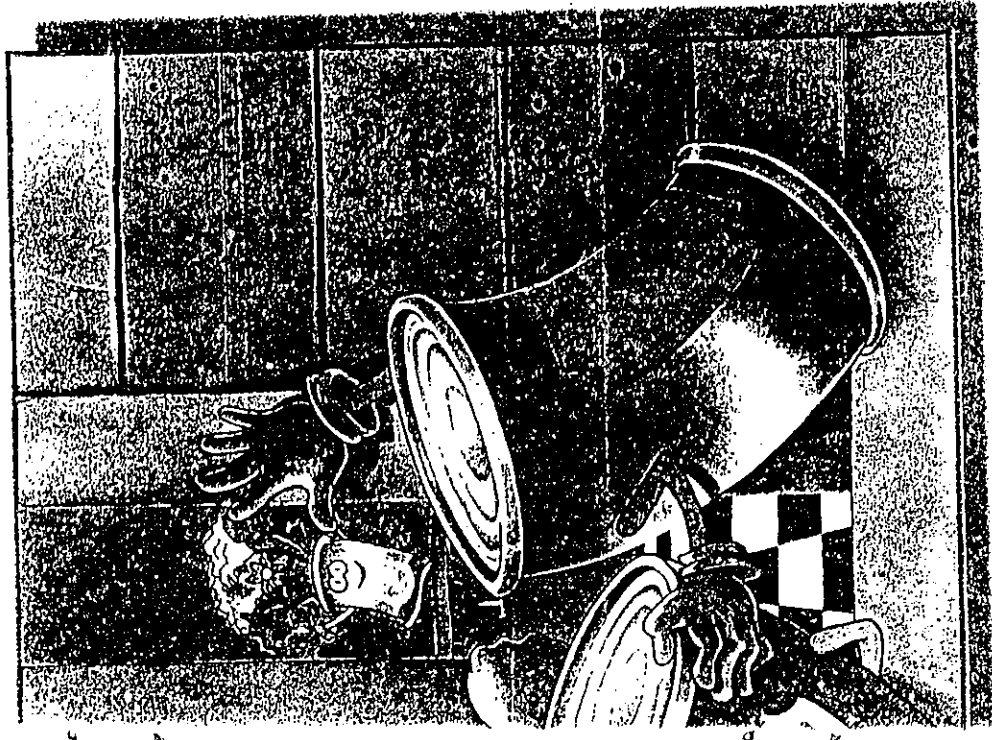
—¡Hola, duraznito! Créeme, me da mucho gusto verte y quiero...

Pero duraznito la interrumpió y, asombrado al verla, dijo:

—¡Cereza! ¡Eres tú! Así que tú eres la tercera amiga... ¡bienvenida!

Cereza no tuvo necesidad de pedir perdón, sólo bastó su gesto cariñoso y la verdad que había en su corazón.





Desde ese momento, los tres tarritos amigos vivieron días muy felices, aprendieron a olvidar los errores cometidos y a no cometer otros; integraron a sus charlas a todos los que estaban presentes y bromeaban con los más reservados, pues la experiencia le decía a cereza que las bromas cariñosas, aunque sean pequeñas, llegan igual a los que aparentan tener corazones tímidos, duros o atemorizados, y que es mejor que el corazón permanezca abierto para aceptar a todo aquel que se quiera acercar.